

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

NO TE ALEJES DE DIOS

Evita todo pecado y dale gracias

*No digas: Yo me esconderé de Dios,
y desde allá arriba, ¿Quién pensará en mí?*
(Eclo. 16,16)

Los que se alejan de Dios se pierden
(Sal. 73,27)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-610-9
D.L.: Gr. 1505-01
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

En este libro voy a hablar de los alejados de Dios, y al hablar de ellos, tal vez no falten quienes digan: Pero ¿es posible que haya alguno que esté lejos de Dios cuando Dios está en todas partes? ¿Cómo podrá ser esto posible si Dios es inmenso?.

A tales preguntas responderá con San Agustín: "Nadie está lejos de Dios en cuanto al lugar, sino por lo que se refiere al efecto. Amas a Dios y estás cerca de Él; odias a Dios y estas lejos de Él. Permaneces en un mismo lugar, y estás cerca y lejos a un mismo tiempo" (In Ps. 84,11).

Decir que un pecador está lejos de Dios, significa que Dios -presente en todo lugar- no está en aquella alma con su gracia: y estar un justo

lejos de Dios, significa que el justo tiene el pensamiento con harta frecuencia lejos de Dios, o que anda con afectos levemente desordenado, impropios de quien tiene tanta riqueza -como es la gracia- en el alma.

Realmente no es posible estar lejos de Dios, porque Dios está presente en el alma misma del incrédulo, del pagano, del ateo; pero esta metáfora expresa una indiscutible realidad: la falta de fe, la privación de la gracia, la despreocupación por las cosas de Dios.

Lo mismo que decimos: estoy lejos de comprender un problema, así un hijo puede decir: estoy lejos de mi padre, cuando viven juntos, porque no se comprenden, es decir, porque existe una ruptura o un enfriamiento de relaciones.

Este libro lo divido en tres partes: *En la primera* hablaré de los alejados de Dios y de lo que nos separa de él, que es el pecado; *en la segunda*, de la ocasión del mal a base de muchos ejemplos, todos ellos encaminados a hacer ver la malicia, la necedad y la culpa del pecado, y *la*

tercera, de la gratitud, es decir de la acción de gracias que debemos dar a Dios por los beneficios recibidos, pues, como dice el adagio: "No es bien nacido el que no es agradecido".

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 31 de diciembre 2000

PRIMERA PARTE

NO TE ALEJES DE DIOS

¿Quiénes son los alejados de Dios?

Muchísimos son los que viven alejados de Dios: en primer lugar *los paganos* y luego cristianos de nombre, los pecadores empedernidos, los que acumulan pecados sobre pecados, os que ofenden gravemente a Dios, los apóstatas... Hablemos primeramente de los paganos.

Viven alejados de Dios la inmensa muchedumbre de seres humanos que están en países paganos, o sea, los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, a los que no ha llegado la noticia de la Revelación, los que no tienen conocimiento de las verdades sobrenaturales las que Dios nos ha comunicado por Jesucristo y sus apóstoles.

A los paganos, como a todos, es cierto que Dios les habla por la creación y por la concien-

cia y pueden conocer su omnipotencia, su grandeza y su santidad; pero por vivir en tinieblas, en una vida sin luz, llena de aberraciones morales..., la realidad es que viven alejados de Dios, sin preocuparse de Él mas que en casos excepcionales, de miedo, de calamidades públicas, o se adora al Ser Supremo con mezclas de supersticiones o idolatría.

El estado de los paganos es triste porque viven sin la luz, que es Cristo, que es el que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo, y viven también sin amor, sin conocer el reino de la gracia, sin tener claro sentido de la vida y de su último fin o destino eterno.

Y es de advertir que los que van conociendo la verdad revelada y la vida sin rumbo que antes llevaban, suelen lamentarse, y ejemplo de este hecho lo tenemos en un anciano, era pagano y fue bautizado a sus ochenta años. Después de dos años enfermó gravemente y veía aproximarse la muerte. Una persona que le visitó, le preguntó qué edad tenía. El anciano le contestó que tenía dos años. Al asombrarse su interlocu-

tor, le explicó: "Empecé a vivir en la presencia de Dios y por Dios al recibir el bautismo. Lo anterior era una vida de muerte".

¡Qué dicha para nosotros estar en la luz plena de la fe de Cristo! Nuestro deber es tener profunda compasión de los que "allá fuera" van errando todavía sin fin y sin camino seguro. Ayudémosles, para que también ellos encuentren el camino que los lleve al Salvador.

Otros muchos alejados de Dios

Estos, ciertamente, son muchos de hermanos nuestros, que viven entre cristianos y conocen el hecho -para ellos el problema- de la Revelación y tienen noticia de ella, pero no la han abrazado. Con sólo pedir entrada pertenecería al Reino de Dios y gozarían de sus riquezas, de su luz, de su gloria..., pero no quieren.

Prácticamente viven como paganos. ¡Qué lejos están de Dios viviendo entre nosotros!.

Otros alejados de Dios son los que corren

desatinadamente sin pensar en "el más allá", los que viven en las tinieblas exteriores, los pecadores empedernidos, los encenagados por el vicio, los que ofenden gravemente a Dios, no por el gusto de ofenderle, sino para gozar de la criatura huyen de Dios, consintiendo así en la ofensa del Creador.

Añadamos a estos los que vivieron en la Iglesia y la abandonaron, profesaron la fe católica y cayeron en la apostasía total por la que abandonan a Dios. Ahora están lejos, y sólo se llevaron la miseria congénita y el libre albedrío para vivir según su antojo.

No faltan quienes vivan una vida airada, se embriagan de placeres: banquetes, fiestas, regalos, saraos, rondar las noches, ganar y perder en el juego es su dios, quieren vivir como el hijo pródigo en una tierra lejana.

Tampoco faltan los que viven una vida aparentemente plácida; pero están lejos de Dios, sin las fuerzas y riquezas del orden sobrenatural con el peso de su apostasía, atados con cadenas, sin sentir la tempestad que se les avecina y va a

descargar sobre ellos... ¡Qué soledad, qué miseria, qué responsabilidad!

Finalmente, los que viven en la Iglesia como si fueran extranjeros. No apostataron, ni quieren apostatar. No pecaron contra la fe, pero pecaron gravemente contra otra virtud. Perdieron la gracia y no la han recobrado. Pertenecen al cuerpo de la Iglesia, pero no al alma. Están enemistados con Dios; están sin Dios en el mundo. ¡En la miseria, inmóviles, parálíticos!. Estos no mencionan a Dios ni en sus códigos, ni en su vida social. Algunos no perdieron la gracia, pero en nada piensan como cristiano; cumplen los preceptos, pero apenas se acuerdan de Dios en el momento mismo de cumplir su ley, y le olvidan por completo en todos los planes de la vida. Cristianos de solo nombre.

Lo que nos aparte de Dios es el pecado

Conviene que sepamos qué es el pecado para no cometerlo, porque todo pecado, si es mor-

tal, nos aleja de Dios. "*Pecado es la transgresión de la ley de Dios*" (1 Jn.3,4), es oponerse a la voluntad de Dios, o sea, desobedecer a sus mandamientos.

El pecado no está en la imaginación, ni en los sentidos, está en nuestra voluntad, en el consentimiento. Por eso la puerta de todo pecado es la voluntad. El pecado mortal "da muerte al alma", porque la priva de su propia vida, que es la gracia. El que vive en pecado mortal, "*tiene el nombre de viviente, pero en realidad está muerto*" (Apoc.3,1).

El pecado mortal es lo opuesto a la santidad, y él es "la causa de todos los males" (S. Agustín), y de hecho es el mayor porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado.

El pecado es una gran ofensa a Dios y una ingratitud, pues al pecar nos servimos de los ojos que Dios nos dio y de los oídos y de la lengua o el talento y de la salud..., todos don de Dios.

¿Cómo comprender la malicia del pecado? Basta ver cómo Dios lo castiga. Por un pecado,

y éste de pensamiento, los ángeles fueron arrojados en el infierno (2 Ped.2,4). Y por un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia de nuestros primeros padres, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas.... y la causa del diluvio universal y el diluvio de fuego sobre Sodoma y Gomorra fue también los pecados de aquellas generaciones y ciudades.

Los que viven en pecado atraen males y castigos..., en cambio las almas en gracia atraen bendiciones y son pararrayos de los castigos de la justicia divina.

Los pecadores viven alejados de Dios

Esta es una consecuencia de lo dicho. Los pecadores se apartan de Dios, y Dios se aparta de ellos y, como dice el salmista, *"he aquí que cuantos se alejan de Ti perecerán"* (7.3,17).

"Si no pecamos, Señor, dice la sabiduría, sabemos que estamos cerca, de Ti" (15,2); pero, si pecamos, nos apartamos de Ti.

"Vuestros pecados, dice el profeta Isaías, han

levantado una barrera entre Dios y vosotros; vuestros crímenes os han ocultado su rostro e impiden que seáis oídos" (59,2).

El pecado mortal es una desobediencia grave. *"Desde el principio, dice el Señor por el profeta Jeremías, habéis quebrantado mi yugo, rompisteis mis ataduras -quebrantasteis mis mandamientos-, y dijistéis: No serviré" (2,20).* La ley os prohíbe tal o cual infracción, y vosotros decís: Quiero cometerla... Os manda tal o cual acto, y decís: No quiero hacerlo, *No serviré...* Vuestro Creador os invita a andar por la senda de sus mandamientos, y le replicáis con negativa: *No andaremos.* Quiero hacer llegar a vosotros su voz; pero persistís, y no queréis escucharle: *No lo oiremos...*

Dios ha dado preceptos al hombre; pero el pecador obstinado responde a cada uno de los mandamientos del Decálogo: *No serviré, no serviré...*

Pecadores, Jesucristo quiere reinar sobre vosotros con su ley, con su gracia, y su gloria; pero semejantes a los judíos como un día lo

hicieron, respondéis: "*No queremos que este reine sobre nosotros*" (Lc.19,14).

No te rebeles contra Dios

El que comete un pecado es un rebelde, uno que se rebela contra Dios. De pecados está inundada la tierra, ¿Y por qué ocurre tal cosa? Porque no se piensa en su gravedad y malicia.

Dios nos ha dado sus mandamientos y nos dice: *No robes, no mates, santifica las fiestas, no cometas actos impuros, etc.* El que peca desobedece a Dios y viene a rebelarse contra Él.

En la Sagrada Escritura leemos que el Faraón, rey de Egipto, maltrataba cruelmente al pueblo de Israel. Y el Señor le mandó a decir por medio de Moisés: "*Deja libre a mi pueblo*", y el Faraón dijo: *¿Quién es ese señor a quien he de obedecer?*" (Ex.5,2) "*Yo no tengo señor alguno*". Y no obedeció el mandato del Señor.

Esto hace todo el que comete el pecado: desobedecer a Dios, se rebela contra El y le desprecia.

¿Y a quién desobedecemos cuando pecamos?

A Dios que es nuestro Creador, nuestro Dueño, nuestro Padre y tiene derecho a mandarnos y deber nuestro es obedecerle y no rebelarnos contra Él.

Todo el que desobedece a Dios no cumpliendo sus mandamientos, comete un pecado, y en consecuencia, todo, pecador es un rebelde contra Dios.

Una rebeldía clara, insolente, es la de aquellos que dicen a Dios de palabra o de pensamiento: Esto no lo haré, no quiero obedecer, no respeto tu autoridad, y todo el que rechaza la voluntad de Dios, manifestada en sus mandamientos, es un rebelde contra Él y quebrantando sus mandamientos viene a decir también como el Faraón: *No conozco a tal Señor*.

Joven, el Señor te manda que te conserves casto en medio de las tempestades de las pasiones, si no lo haces es como decirle: "*No conozco a tal Señor*".

Muchacha, el Señor te manda que no juegues con el fuego, que evites esa, ocasión de pecado: "*No conozco a tal Señor*".

Hombre, cualquiera que seas, cumple los mandamientos de Dios: *No conozco a tal Señor.*

El Faraón sufrió las consecuencias, porque las plagas o castigos le sobrevinieron, y ¡cuántos, cuantos rebeldes lloran su insensatez con tardías lágrimas!.

El pecador no puede herir a Dios, pero acomodándose a nuestro modo de hablar, dice por el profeta: *Se hacen libaciones a dioses extranjeros para herirme. Pero ¿es acaso a Mi a quién hieren? Oráculo del Señor: ¿No es más bien a sí mismos para su propia confusión?"* (Jer.7,19) Sepamos que si Dios nos prescribe leyes, no es en su interés, sino en el nuestro " *a fin de que seamos felices y vivamos*" (Dt.6,24)

Vivamos como verdaderos cristianos

Si preguntamos qué indica hoy el ser cristiano, tenemos que decir es tomar partido por la castidad, por la caridad, por la humildad, por el perdón de las injurias, por la justicia reparadora, cosas todas que la naturaleza humana teme, y de las cuales se aparta por instinto.

Practicar la virtud es algo que cuesta, pero practicarla es algo que ennoblece, y apartarse de las virtudes dichas es apartarse de Dios.

Hay personas a las que repugne la religión, las cuales la rechazan y detestan no a causa de sus misterios, sino a causa de sus mandamientos. Muchos dicen: Vuestra religión es hermosa, buena y vale más que la nuestra; pero hay que satisfacer las pasiones, no es posible perdonar a los enemigos...y tampoco es posible apartarse de la sensualidad y del vicio.

Todo el que conozca de verdad la religión revelada por Dios, no podría menos de practicarla; y porque no la han estudiado ni la conocen en serio, tenemos que decir que hoy es desconocida de los ignorantes y es detestada de los viciosos... y a estos hay que decirles como dijo Pascal: "Despojaos de vuestras pasiones y creeréis"

Después de veinte siglos de cristianismo, son las pasiones las que hacen a la Iglesia la guerra más encarnizada. ¡Ah!, si la Iglesia sacrificase su doctrina moral, si no hablase de los manda-

mientos de Dios, en vez de oponerlos como un reproche contra nuestras prevaricaciones, y se callare sobre la justicia, la caridad y la castidad, la dejarían muy tranquila. Pero no, ella es inflexible, no consiente en suprimir un ápice del Decálogo y condenará el vicio. No tiene piedad con las pasiones. En esto consiste su gloria, pero también su peligro, pues de aquí provienen los rencores, los odios menos dispuestos al perdón.

La Iglesia lucha contra la voluptuosidad, la mentira, el perjurio, el robo, porque todos los pecados apartan de Dios. Entre el paganismo y el cristianismo media un abismo, hay tanta distancia como de la noche al día.

¿Por qué algunos abandonaron la Iglesia?

No han faltado quienes abandonaron la Iglesia cerrando de golpe la puerta y vociferando blasfemias. Dicen que nada creen, pero creyeron antes. Su alma sigue, sin embargo, inquieta, como si todavía creyesen. La religión

que expulsaron de su vida persiste en sus acuerdos, en su conciencia en estado de remordimientos. No han perdido enteramente su afecto.

Nuestro tiempo es tiempo de incredulidad... ¿Quiénes persiguen a la Iglesia? Los renegados, los corrompidos. Hay hombres que permanecen indiferentes, cuando no hostiles y se mantienen distantes de la religión y si se les pregunta por qué, no sabrían responder... y no hay duda que la defenderían, si la conocieran... Su estado es de indiferencia...

Estamos en plena tempestad, mejor dicho en plena noche. ¿Qué quiere decir esto? Los teólogos turcos tienen un axioma que los cristianos harían bien en meditar: Dicen: "Aun cuando, en la más negra noche, una hormiga negra marchara sobre un mármol negro, Dios la vería y oiría el ruido de sus patas".

¡Oh católicos! Dios nos prueba, pero no nos olvida. Nos ve, nos oye, está con nosotros hasta la consumación de los siglos. La Iglesia que fundó y cuyos hijos somos, es inmortal.

Tengamos confianza en Dios: Practiquemos abiertamente la religión, no nos alejemos jamás de Dios .

Dios nos soporta y espera

Es evidente que Dios soporta a los pecadores y los espera, pues, como dice el Sabio: "*Dios hace como que no ve nuestros pecados y nos espera al arrepentimiento de ellos*" (Sab.11,24).

Esto nos mueve a decir algo sobre la misericordia de Dios. El año 70, siendo emperador Vespasiano, se reunió el Senado romano para decidir que denominación habría que dar al sumo Dios. Un senador dijo: Se debe llamar "*Dios del poder*". Otro: "No; es mejor llamarle "*Dios de la sabiduría*". Un tercero: El nombre más adecuado sería "*Dios de la justicia*".

Por fin, se levantó un senador venerable y de años, y dijo: "El nombre más propio es éste: "*Dios de la bondad*". Después mostró una imagen del Señor, de rostro amable, con estas palabras escritas a su alrededor: "Os amo a todos; a

todos os perdono, porque soy el Dios de la bondad y del amor!"

He aquí el verdadero nombre -exclamaron entonces todos los senadores-. ¡Lo hemos encontrado!

No hay duda que entre todos los atributos de Dios (grandeza, poder, sabiduría, justicia), el que más se manifiesta es la bondad y la misericordia. Esto nos consuela a todos. Recordemos la escena del hijo pródigo.

Un hombre tenia dos hijos. El menor de ellos se presentó un día al padre y le dijo con arrogancia: "Dame la parte de la herencia que me toca; *estoy cansado de estar en tu casa y quiero irme lejos*".

¡Pensad en el dolor de aquel pobre padre! ¿Y por qué quieres hacer tal cosa? ¿Te falta acaso algo?... ¿No te he tratado siempre bien? Así hablaría el buen anciano. Pero aquel muchacho respondió: "No, no; no quiero estar más aquí, dame mi parte..."

Entonces el padre repartió la herencia, y volvió villanamente las espaldas sin decirle ni

adiós, y "recogiendo sus cosas, se fue a un país lejano" (Lc.15,13).

Detengámonos un momento a considerar

¿Quién es este padre bueno? Es Dios. Y este hijo desnaturalizado, ¿quién es? Es el pecador, que cansado de gozar de la paz, hastiado de las gracias, de los favores y caricias de su Dios, le quiere abandonar para ir del brazo con el demonio, pecando. Y dice: "¿Qué me importa de Dios y de su ley? ¡Quiero vivir a mi gusto, quiero libertad!! ¡Oh, sí! ¡Hermosa libertad, cuando es un esclavo del demonio!

Ya dijo Jesucristo: "*El que comete el pecado es esclavo del pecado*" (Jn.8,34), y mientras no rompe con las ataduras del pecado, no será libre.

El pecador oye claramente la voz de Dios, que le dice al corazón: "¡No, querido hijo; no encontrarás felicidad lejos de mí; con el pecado se está muy mal! . . . es una vida desgraciada". Oye también la voz de la conciencia, que le

dice: "Esos pensamientos, esas conversaciones, esas deshonestidades, esas venganzas, blasfemias..., desobediencias,.. te harán desgraciado. "¿Y qué? Quiero mis bienes: los ojos, el cuerpo, el corazón, para hacer lo que se me antoje" .

He aquí la rebelión del pecador contra Dios. ¿No podría el señor lanzarle un rayo que le matara? Sí que podría: bastaría que diera permiso a las criaturas, a la tierra, al agua, el fuego para que se vengaran de ese pecador... Pero Dios es Padre y bueno y misericordioso, que soporta y espera a los pecadores que de Él se alejan. "*No quiere la muerte del impío, sino que se convierta y viva*" (EZ. 33, 11) .

El alejamiento (Dios busca al pecador)

Volvamos al hijo pródigo. Cuando se vio lejos de su casa comenzó a derrochar y a solazarse en una vida de disolución y de vicios. Contaba con mucho dinero: vengan cenas, teatros, bailes, juergas...y lo que es peor, se entregó e un desenfrenado libertinaje. De este modo en poco tiempo consumió todo su cau-

dal; se encontró en la miseria, sin casa ni donde cobijarse: *Dissipavit substantiam suam, viviendo luxiose* (Lc .15, 13).

No disponiendo ya de más medios para continuar en la crápula, los amigos que a costa suya habían disfrutado, le abandonaron. ¿Cómo arreglarse ahora para cambiar de vida? Por contra, se presentó en aquel país un hambre espantosa : "*Facta est fames valida in regione illa*" (Lc .15, 14). El desgraciado joven, al encontrarse desprovisto de todo, en la más negra miseria, tenía que decidirse a mendigar: se dirigió a un señor de aquel lugar para que le recibiese como criado. Le admitió el señor; pero, ¿en qué ocupación? Le encargó de la guarda de los cerdos en una de sus quintas. ¿Y la paga? ¡Qué paga! Algún pedazo de pan negro y enmohecido. Así que, para no morir de hambre, el desgraciado tenía que hacerse a la comida de aquellos sucios animales: comer bellotas, y ni de éstas podía saciarse. "*Y deseaba, dice el Evangelio, henchir el vientre de las bellotas que comían los cerdos, y nadie se las daba*" (ib.16).

¡Oh!, ¡a qué estado se ve reducido este joven, que antes era tan rico! Era cosa de verle allá debajo de una encina... melancólico, envilecido, destrozado y maloliente. Dejémosle ahí, con tan bella compañía y hagamos nuestra reflexión.

Este es el estado de los pecadores que viven alejados de Dios, y ésta es la condición de tantos jóvenes que, después de haberse alimentado muchas veces de la mesa de los ángeles, se nutren de la mesa de los demonios y beben el veneno del pecado; después de haber gustado las delicias del servicio de Dios, se ponen de servidores de aquel gran tirano que es el demonio. Y Dios espera que estos pecadores vuelvan a Él, y les busca y les llama ya con las buenas inspiraciones que les envía... con la palabra de Dios..., con los buenos libros..., con los buenos consejos y reprensiones de los padres..., con los buenos ejemplos de los compañeros... y hasta con castigos... (desgracias, enfermedades...) y les dice al corazón: "*Conviértete al Señor y deja tus pecados*" (Eclo.17,21), y cabe preguntar:

pero ¿a qué tanta diligencia? ¿pierde acaso Dios algo? ¡Ah, pensad cuanto le cuesten las almas que El redimió! Nos dice San Pablo: "*Habéis sido comprados a gran precio*" (1 Cor.6,20).

La vuelta (Dios acoge al pecador)

Volvamos con el pensamiento al hijo pródigo, que hemos dejado allá, debajo de la encina. ¿Qué decía entre si aquel miserable? "¡Cuántos criados en la casa de mi padre lo pasan bien; tienen pan en abundancia, tienen delicias..., ¡y yo aquí me muero de hambre! Pero, ¿he de seguir en esta vida tan desgraciada?.. ¿Y si volviese donde mi padre?.. ¿Por qué no? ¡El es muy bueno! ¡Conozco bien su corazón! Pero, ¿qué le diré? Me echaré a sus pies... y le diré: ¡Padre, perdón! *He pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Tratadme como a uno de tus jornaleros: Surgam et ibo ad patrem meum*" (Lc. 15,18). Y se levanta: deja allá aquel rebaño de animales y, a campo traviesa, va a buscar el camino real; y anda, anda...

Mientras tanto, su padre no tenía paz por la pérdida del hijo, y todos los días iba a la terraza de la casa y echaba la mirada a lo lejos por si le veía volver. Un día ve venir a un joven con vestidos destrozados, pálido y contrahecho, que camina fatigosamente. Entonces siente que el corazón le late... Mira bien y dice: "Aquel es mi hijo". Y baja apresuradamente las escaleras y corre y corre a su encuentro. El hijo se pone de rodillas a sus pies, y, llorando, querría decirle aquellas palabras que había pensado: "*¡Padre perdón! He pecado...*" Pero el padre no le deja decir las: le echa el brazo al cuello y le besa.

Después le introduce en casa y dice a los criados: "*Pronto, traed el mejor vestido ponedle, ponedle también el anillo en el dedo y calzadle las sandalias; matad el ternero más cebado, e invitad a los parientes y amigos. Y celebremos un banquete, porque este hijo mío había sido perdido y ha sido hallado, estaba muerto y ha resucitado: Quia hic filius meus mortuus erat, et revixit...*" (ib.,24). Y se hizo una espléndida comida, con gran alegría de los convidados.

¿Veis qué buen padre fue éste para con un hijo tan malo? ¿Encontráis alguno semejante en este mundo? No, Pues bien: Jesucristo, que refirió la parábola del hijo pródigo, dice que un padre semejante le tenemos todos en el cielo. Este Padre es Dios Él acoge benévolamente e todo pecador que se convierte; le perdona todos los pecados, y los olvida para siempre "*Peccatorum tuorum non recordabor*" (Is.43, 25), y le reviste de su gracia. Después invita a todos los ángeles y santos del cielo a hacer fiesta. Escuchad las palabras de Jesucristo: "*Yo os digo que habrá gran fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente*" (Lc.15,7) -¡Ah, si, el Señor es bueno e infinita su misericordia!

Amigo lector: Espero que no dudes de la gran misericordia y del perdón de Dios, nuestro Padre, que es la suma bondad. Oid como nos habla Él: "*Convertíos al Señor Dios vuestro, porque es benigno misericordioso*" (Joel 2, 13). Procuremos vivir una vida nueva, confesando nuestros pecados y con el arrepentimiento de los mismos.

Ejemplos de la misericordia de Dios

1

No hay pecado que Dios no perdone. El rey Manasés. Manasés fue un rey de Jerusalén y reinó cincuenta y cinco años. Cometió muchos y muy graves pecados en la presencia del Señor, porque adoró los ídolos, hizo pasar por el fuego a su hijo, inundó a Jerusalén, se manchó con muchas impurezas y mató a muchas personas.

Dios, indignado, mandó contra este malvado rey a los capitanes del rey de los asirios, los cuales le cogieron y le llevaron prisionero a Babilonia. Entonces Manasés conoció haber pecado mucho, lloró arrepentido y suplicó de corazón a Dios que le perdonase. Y Dios usó con él de misericordia, y le hizo volver al trono de Jerusalén.

Obtenido el perdón, Manasés reparó como pudo el mal que había hecho, y después siempre fue bueno y piadoso y dio buen ejemplo a su pueblo (2 Rey.21; 2 Crónicas 33).

Los caminos de la divina misericordia. De delincuente a misionero. Este ejemplo puesto ya en otros de mis libros, lo repito: El año 1868 se daba una misión en Aquisgrán (Prusia). En uno de los sermones refirió el misionero una historia que impresionó mucho:

"Hace algunos años una pobre madre se encontraba en el lecho de muerte, rodeada de sus hijos. Sólo faltaba uno que se hallaba en la cárcel condenado a cinco años por un delito que proporcionó a la madre un serio disgusto. La moribunda pidió entonces que pudiese venir su hijo a su lecho de muerte.

La petición fue atendida por la Autoridad y el hijo fue llevado por los guardias donde la madre. No pudiendo ésta ya hablar, dirigió al hijo una profunda mirada, que obró todo un milagro. porque, vuelto el hijo a la cárcel, se postró en tierra llorando, y después, con una dolorosa confesión y con penitencias, se purificó de sus pecados. Y aún hizo más con él la

gracia de Dios: cuando hubo pagado su pena, se hizo sacerdote y predicador. ¿Sabéis quién era ese hijo? Yo mismo".

Así terminó el misionero. Después añadió: "Queridos hermanos. ¡Animo y confianza! Los pecados podrán ser enormes; pero la bondad y la misericordia de Dios son aun mayores". Esta es la historia del predicador, que conmovió a todos los oyentes.

3

La gran bondad de Dios para con los hombres.
San Jerónimo y el Niño

Jesús. En la cueva en Belén donde Jesús vino al mundo, moró por espacio de veinticinco años el célebre Doctor de la Iglesia San Jerónimo (m.420). Una vez oró a Jesús de este modo: "Querido Niño, Tu has sufrido mucho por salvarme. ¿Cómo podré yo compensártelo?" Y oyó que le respondían: "*Alaba a Dios con las palabras Gloria a Dios en las alturas*".

Eso ya lo hago, repuso el santo; quiero darte

algo: todo mi dinero. A lo que obtuvo esta respuesta: "El dinero dáselo a los pobres; será como si me lo diceses a Mi". Así lo haré; pero a ti ¿qué puedo darte?

La respuesta fue ésta: "Dame tus pecados; te los pido para borrarlos". A estas palabras Jerónimo se echó al llorar y dijo: "Querido Jesús: Toma todo lo que es mío y Tu dame todo lo que es tuyo". Por este diálogo comprenderéis cuán grande es la bondad de Dios para con los hombres.

Alejados de Dios, se vuelven a Él

4

Un incrédulo que se vuelve a Dios. Henri Lavedán escritor francés, ante el peligro de las balas, en la primera guerra mundial, hizo esta confesión pública: Verse abandonado de Dios es estar perdido. No sé si vivirá aún mañana, mas he de decir a mis amigos: Lavedán no se atreve a morir ateo. No es el infierno lo que me preocupa, sino que me oprime el pensamiento:

Dios vive y tú te hallas lejos de El. Exulta mi alma por haber llegado la hora en que yo pude decir de hinojos: "Creo en Dios, creo, creo". Esta, palabra es la canción matutina de la humanidad. Quien no la conoce se ve envuelto en noche.

5

Constantino Volney, otro literato y filósofo incrédulo (m.1820), se encontraba en una embarcación, de viaje a las Américas. En una ocasión se levantó una gran borrasca que puso a la embarcación en peligro de hundirse. El filósofo temblando, se retiró a un rincón y se puso a orar, desgranando les cuentas de un rosario que pidió a una piadosa mujer. Pasada la tempestad, le preguntaron: ¿Cómo? Usted que hace profesión de ateo ¿ha estado rezando? A esta pregunta contestó el sofista: Una cosa es hacer de filósofo incrédulo y otra encontrarse delante de la muerte. Ante un gran peligro ¿quién nos puede librar de él sino Dios?.

Caso parecido es el de *Schopenhauer*. Cuando estaba en su lecho de muerte y torturaban a aquel renegado los dolores, salieron de sus labios estas palabras: "¡Oh Dios! ¡Oh Dios!".

Entonces le hizo el médico esta pregunta: ¡Qué! ¿Hay Dios en tu filosofía? - ¡Ah!, le contestó el filósofo, en los sufrimientos es insuficiente la filosofía sin Dios.

El famoso literato francés *La Harpe* (m. 1803), poeta de las bacanales parisinas, en un principio aceptó las ideas de la revolución, ligado amistosamente con los enciclopedistas. Mas, encarcelado como sospechoso, reaccionó en la prisión. ¿De qué modo?. Comenzó a preguntarse a si mismo: "¿Estoy en lo cierto?". El corazón le respondió que no. Y *La Harpe* se dio a la meditación, al estudio de la religión, y, ayudado de la divina gracia, dio con la fe.

Una vez fuera de la cárcel, a quien le preguntaba: "¿Cómo es que has cambiado de parecer?". Respondía: He creído porque he examinado; examinad también vosotros y creeréis.

Muchos viven alejados de Dios, porque son ignorantes en religión, no han leído los Evangelios, no conocen a Jesucristo....

8

Del crimen a Dios. El delincuente Tom Penney estaba en el penal de Eddyville e iba a morir en la silla eléctrica. El Padre Donnelly se le acercó con el fin de darle una catequesis preparatoria. Le expuso el ejemplo del ladrón arrepentido, y Tom Penney quedó deslumbrado por tal ejemplo, y al ver que Dios perdona a los ladrones, a los criminales y blasfemos arrepentidos y que aún los ama, porque Dios odia infinitamente el pecado, pero ama infinitamente al pecador, vio abrirse un mundo nuevo, el de la gracia.

El P. Donnelly teme de tanto optimismo e insiste: "El infierno existe, Tom, y a muchas almas son condenadas a él por Dios que es jus-

to". No se apaga el brillo enigmático en los ojos de Tom, y éste le dice: "Todo esto no me asusta, Padre. Al contrario aumenta mi esperanza y mi alegría. Esta justicia de que usted habla, es precisamente la que me da tanta confianza. Mi deseo es comparecer ante un juez "justo" ... Ser juzgado por quien lo sepa todo" .

- Pero usted sabe, Tom, que ha hecho muchas cosas malas..."

- "Más de las que puedo enumerar! Pero también pienso que las hizo Dimas, el buen ladrón, y porque se arrepintió fue perdonado. A mi me puede ocurrir lo mismo.

Si todo cuanto las Hermanas y usted me han dicho es verdad, la justicia de Dios le hará tener compasión de mi. Si yo me arrojo a mi mismo a merced del tribunal de Lexington, ¿qué obtendré? ¡La silla eléctrica! Pero... ¡Ah, no Padre, usted no puede engañarme. No sé si esto será herejía, como usted dice, o blasfemia; pero yo creo que la justicia de Dios le hace ser pasivo.

El bandido Tom Penney terminó así su vida.

Exactamente a la una y veintidós minutos de la mañana del veintiséis de febrero de 1943 exhaló su último suspiro en la silla eléctrica de la prisión del estado de Kentucky. El capellán Thomas Libe, en 27 de febrero, al día siguiente de la ejecución, escribió a la madre del ajusticiado:

"Creo que nunca he visto ni veré una muerte más hermosa que la de su hijo. Todos cuanto me es posible decirle es que Tom murió como debe morir un buen católico. Pasó sus últimas horas en un espíritu de recogimiento absoluto, con el pensamiento puesto en Dios... Quisiera hacer la apología de su hijo para levantar otra vez su corazón, señora Penney; pero sólo puedo decirle que era una de las almas más santas que he encontrado en mi vida... Estaba tan bien preparado, que no pude menos de decirle que mi mayor deseo sería estarlo como él cuando me llegase la hora.

9

La lejanía de Dios, causa de los grandes males.

S. S. Pío XII, en 15 de febrero de 1940 recibió a una misión militar argentina. En la alocución que le dirigió habló también de la lejanía de Dios que padece nuestra época: "Este alejamiento de Dios es el fundamento de los males que afligen la humanidad. Donde quiera que él prende, es como un incendio que todo lo devasta; no sólo seca las almas y las despoja de su eterna dicha, sino que además llega hasta destruir la seguridad, el sosiego y el orden en la vida pública de los Estados"

SEGUNDA PARTE: A BASE DE EJEMPLOS

Sobre la ocasión del pecado

1

Ante todo tengamos presente lo que nos dice la Biblia, porque en ella Dios nos habla *¿Has pecado? No vuelvas a pecar más... Como de la serpiente, huye del pecado, porque si te acercas te*

morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres" (Eclo.21,2-3). (Comenta San Alfonso M^a de Ligorio: "Así como se evita, no sólo la mordedura de la serpiente, sino también tocarla, y aun acercarse a ella, así conviene evitar, no sólo el pecado, sino hasta la ocasión". (Dios) a ninguno a dado permiso para pecar (Eclo.15,21). "*El que ama el pecado perecerá en él*" (Eclo.3,27). "*Por una chispa se levanta un incendio*" (Eclo.11,34).

2

Un nuevo José de Egipto. Este fue *San José de Calasanz*. Cuando era joven estudiaba teología en la Universidad de Valencia. Por relaciones de su ilustre familia, se veía obligado a visitar, en nombre de sus padres, algunas familias de las más nobles y principales de la ciudad. El joven estudiante, de gallarda presencia, cabello rubio, frente espaciosa, ojos vivos y modestísimos, llenos de alegría e inocencia, tenía veintiún años. Una señora principal

quedó prendada de sus encantos. Una antigua amistad la unía a la familia de José. A medida que continuaba a tratarle, iba creciendo su pasión por él, y no pudiendo dominarla más, declaró sus sentimientos al joven. Éste huyendo, dejando la casa de la señora y acudió al templo para dar gracias a María Santísima de haberle librado del peligro. Renovó su voto de virginidad, y no sólo dejó de frecuentar la casa de aquella señora, sino que abandonó la ciudad misma, y se fue a continuar sus estudios a Alcalá de Henares. El que evita la ocasión, evita el peligro.

3

En la Corte de Felipe II llamaba la atención la conducta de los primeros Padres de la Compañía de Jesús. Siendo jóvenes y teniendo que relacionarse con personas de distinto sexo, no se advertía en ellos la más ligera falta contra la santa pureza. Corrió la voz entre los cortesanos de que tenían los jesuitas una hierba espe-

cial que los preservaba de los pecados carnales. Lo supo el rey y llamó al *Padre Araoz*, y se lo preguntó con mucho misterio. "Sí, contestó el Padre,: ¡Esa hierba es el santo temor de Dios!" (Hist. de la Comp.). Además del temor de Dios, de no quererle ofender, ayuda mucho la presencia de Dios. "Si pensáramos que Dios nos ve, dice Santo Tomás, nunca o casi nunca pecaríamos".

4

Juana Francisca de Chantal, en la carta dirigida al postulador de la causa de *Francisco de Sales* escribe: "A propósito me acuerdo que una vez años hace, fue asaltado de una viva pasión que le incomodaba mucho, y me escribió: "Yo estoy tan combatido y me parece que no tengo fuerzas para resistir, y que caeré, si la ocasión se me presenta; pero cuanto más veo mi debilidad, más confianza tengo en Dios, y más seguro que a la vista de los objetos seré revestido de la fortaleza y virtud de Dios, y que devoraré a mis enemigos, como si fueran mosquitos".

¡Cuánto vale, en medio de nuestra debilidad, apoyarnos en Dios y evitar toda ocasión de pecado! El que así obra, saldrá victorioso.

5

Se lee en la Sagrada Escritura, del Joven José, que, cuando estaba en casa de Putifar, vino a ser tan querido del señor por su buena conducta, que lo hizo administrador de todos sus bienes.

Pero la mujer de Putifar era mala, y una vez trató de inducir a José a cometer un pecado grave. Posesionado de la presencia de Dios, el santo joven, al ver el peligro, espantado, echó a correr escaleras abajo y huyó, mientras aquella infame mujer trataba de detenerle asiéndole de la capa. Él dejó su capa en manos de aquella desgraciada, pero logró irse.

Fue injustamente acusado y llevado a la cárcel. Pero él prefirió vivir inocente en la lobre-guez de una prisión antes que vivir pecador entre comodidades y placeres (Gén.39).

¡Oh, si todos imitasen la conducta de este joven! El que huye del peligro y de la ocasión de pecar, triunfará siempre.

6

Un embajador fue a ver a *Cleómenes*, rey de los espartanos y le hizo una propuesta muy ventajosa para él, pero muy perjudicial al país. El rey rechazó la propuesta. El embajador le ofreció entonces una suma muy crecida. En este momento la hijita del rey, que se hallaba en el aposento y oyó toda la conversación, se acercó a su padre diciéndole: "Sal fuera, porque este hombre te seducirá". Impresionado por las palabras de la niña, el rey salió inmediatamente del aposento.

Vivamos alerta, y no pequemos seducidos por el dinero....

7

María Teresa de Austria supo que se jugaba

en la corte de Luis XVI y en el mismo círculo de María Antonieta. Alarmada y con celo maternal, escribió a su hija: "Si tu esposo es débil, ello no te exime de ser fuerte. Tu porvenir me hace temblar; el juego trae consigo malas compañías: esclaviza... y acaba por causar la ruina. Afuera las capitulaciones, hija mía. Es necesario arrancar de cuajo la ocasión y la pasión. El juego con intereses por medio, ha terminado de arruinar a muchas familias.

Malicia del pecado mortal

8

En cierta ocasión San Luis, rey de Francia, preguntó a un amigo suyo. Dime, ¿qué preferirías tú, cometer un pecado mortal o quedar leproso?

- Majestad, respondió el amigo sin titubear, preferiría cometer treinta pecados mortales antes que quedar leproso.

El rey exclamó entonces tristemente: -¡Ay,

pobre amigo mío, como se ve que ignoras lo que es un pecado mortal! El pecado mortal es la lepra que corrompe y mata el alma, terminando por arrojarla al infierno.

9

Cierto día, en la carretera, el conde de Stolberg se tropieza con un anciano que llora.. Se acercó a él y le interroga acerca de su aflicción. El pobre viejo señala las ruinas de su casa, recién destruida por un incendio, y dice sollozando: Me quedé solo; tenía una familia, mas todos perecieron.

- ¡Oh, cuán desdichado es usted! -exclamó el conde dándole una importante limosna.

De pronto, recobrando la energía de su fe, se yergue el anciano frente al hidalgo y, mirándole de hito en hito, dice: - Desdichado no, no lo soy. ¡Mi madre me enseñó que en la tierra sólo hay una desgracia: el pecado mortal! Como yo, gracias a Dios, nunca lo cometí, jamás he sido desdichado.

Pidió un infiel a un misionero un poco de harina que necesitaba, y éste le dio una vasija llena.

Al volver a su casa, el infiel encontró una moneda de plata entre la harina. Al día siguiente se la entregó al misionero y le dijo: "Esta noche han luchado en mí dos hombres. Uno me decía: Quédate con la moneda; es tuya. El otro respondía : No es tuya; devuélvesela a su amo, porque es pecado retenerla. Para lograr la paz, os traigo vuestro dinero".

La conciencia nos acusa, si hacemos una cosa mala, y nos alabe y aplaude si hacemos una acción buena. Es la voz de Dios.

11

Un rey de Dinamarca había matado a su padre, y una noche, en mitad de un baile en que pretendía distraer sus pesares, se quedó pálido, comenzaron a temblarle las rodillas y gritó: ¡Apagad las luces!

Así lo hicieron, pero inútilmente, porque en el fondo del salón le parecía, ver un fantasma que con ojos centelleantes se dirigía hacia él.

- ¿Quién eres -le preguntó-, ¡oh sombra, que así me persigues? ¿Eres mi padre? - No, respondió la sombra; si fuera tu padre te perdonaría; yo no te perdono: ¡soy el remordimiento! y se volvió loco. El quinto mandamiento de la ley de Dios, clama a todos, diciendo: ¡No matarás!...

12

Dice el *P. Calatayud* que el pecado mortal es una espina aguda y penetrante clavada en medio del corazón y la conciencia de quien peca.

Y para confirmarlo cuenta lo siguiente: Personas haya quien su pecado punza, entristece, inquieta, y no las deja sosegar... Así pasó con un *mercader de Amberes*: oyó predicar que los pecados que se olvidan en la confesión se perdonaban; ¿que no hizo este hombre porque se le olvidase un horrendo pecado que había

cometido, y no se atrevía a confesar? Se dio a músicas, diversiones y saraos; pero de ellas salía triste su corazón como una noche, porque le seguía su pecado.

Se entregó a la Matemática, para ver si con su embeleso se le olvidaba el pecado; pero allí le roía e inquietaba. Se decidió ir a ver varias ciudades, y le perseguía más crudamente su maldad; hasta que en un viaje encontrando a un Padre de la Compañía de Jesús, le metió en su carroza, y después de algunos retos de conversación espiritual conjeturando el Padre la interior aflicción y dolencia del mercader, con suaves preguntas, y apuntando con destreza los pecados que puede cometer un hombre, le nombró entre otros el que tenía en su conciencia, y se le hizo confesar en una buena confesión general. Y sobre aquel hombre vino la tranquilidad deseada.

13

El mismo *P. Calatayud*, predicando un día, dijo: "¿Qué dolor no sería para un mercader de

la India, si al entrar en el puerto se fuera a pique su nave cargada de oro y riquezas? ¿Pues cuánto mayor dolor debía ser en el hombre perder por sólo un pecado todas las riquezas del alma. Al pecador, su pecado le cubre de vergüenza y confusión y le llena de remordimiento. La prueba la tenemos en el ejemplo de nuestros primeros padres. Apenas perdieron por su pecado el estado de gracia lleno de esplendor y hermosura, sintiéndose desnudos, esto es, desposeídos que la gracia original, experimentaron cierta vergüenza, que les obligó a esconderse del Señor, que le dice: "*Adán, ¿dónde estas?*" (Gén.3,9). ¿A qué estado te ha reducido tu pecado? Temí, contesta, y avergonzado me escondí.

Y el desventurado Caín, ¡que turbación y qué terror no sintió en el momento que mató a su hermano Abel! "*Caín, ¿qué has hecho?*, le dice Dios, *la sangre de tu hermano clama a Mi desde la tierra*" (Gén. 4,10).

¡Cuántos Caínes hay en el mundo, a los que Dios les pedirá cuentas!

14

Vivía en Italia un escultor alemán llamado Achtermann. Una comisión le encargó la ejecución de un grandioso monumento. Vio el boceto y, en él, figuras indecentes, desnudeces... por lo que dijo enfáticamente: Yo no hago ese trabajo.

Y devolvió el boceto. Le comisión se interesó en que él lo ejecutara y declaró hallarse dispuesto a aumentar los honorarios.

Achtermann declaró entonces: -Italia no tiene bastante dinero para hacerme renunciar a mis convicciones e ir contra mi conciencia.

Ahí tenéis al hombre de carácter que no se doblega ante nada, cuando se trata de traicionar su conciencia, pisotear su religión y sus convicciones.

15

Un zapatero de la ciudad de Bassano, en Italia, en un ímpetu de cólera, había arrojado

un hierro contra un niño y le había matado. Aterrorizado por lo ocurrido, escondió el cadáver y, por la noche, fue a enterrarlo en un bosque.

Se buscó durante muchos días a aquel niño, se hicieron las más extrañas conjeturas, pero nadie pensó en el zapatero, a quien nadie había visto realizar el hecho. La suerte estaba de su parte; podía, pues, estar tranquilo y vivir alegremente, pero no fue así; la voz de la conciencia no le dejaba vivir. Desde aquel diario volvió a cantar sus alegres canciones. Ya no se oían los sonoros golpes del martillo, y él estaba triste, pensativo y miedoso de si mismo. Al fin vendió la casa, recogió sus instrumentos y huyó a América.

Allí hubiera podido estar más seguro todavía, hubiera podido olvidar todas aquellas cosas y estar tranquilo, pero fue todo lo contrario. Después de dos años regresó y, presentándose directamente al juez, confesó su delito.

Antes de pronunciar la sentencia, el juez le preguntó: ¿Cómo es posible que, siéndole favo-

rable la suerte Y pudiendo estar en América tranquilo, hayas venido a obligarme a que te condene?

Señor juez, respondió el desgraciado, desde aquel día yo no he tenido paz... ¡La sombra de aquel niño me turbaba el sueño! ¡Siempre veía una mano goteando sangre! ¡Que me condenen, pero que terminen estos remordimientos! El pecado abrevia la vida y trae remordimientos...

16

Refiere la sagrada Escritura que Esaú vendió a su hermano Jacob el derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Pero después de aquel contrato ten necio, que le privó de la bendición de su padre, el desgraciado desvariaba y rugía como un león herido (Cf. Gén. 25,3; 27,34). Ese derecho al que renunció Esaú era de una herencia temporal, terrenal en cambio, ¡él pecador, el que comete un pecado mortal, renuncia a la herencia del cielo! Todo el que

comete un pecado mortal, lo que debe hacer es no vivir en él, confesarse bien de él para que quede perdonado y viva en gracia y amistad de Dios. Él nos dice: "*Estad preparados*".

EVITEMOS EL PECADO MORTAL

17

Dedicaremos este número a decir qué es el pecado mortal. San Juan nos da de él esta definición: "*Es la transgresión de la ley de Dios*" (1 Jn. 3,4) . Pecado es oponerse a la voluntad de Dios, que se nos manifiesta en sus mandamientos. Si Dios dice: "Ama a tu prójimo, santifica las fiestas, no robes, no cometes actos impuros, etc.", y tu dices: "No quiero", entonces cometes pecado, pecado, pues, es toda desobediencia a la ley de Dios.

El pecado puede ser mortal o venial. *Pecado mortal* es hacer, pensar o desear algo contra ley de Dios en materia grave, y materia grave es blasfemar, no asistir a Misa los domingos y días